

modo que hemos visto y que publicaba el escrito del que nos acabamos de ocupar, se dirigia á sus amigos y corifeos por medio de otros escritos en los cuales sostenia todos los errores que tan funesta celebridad le habian ya dado. De todas partes acudian á él multitud de personas tanto del estado eclesiástico como del laical para consultarle sobre puntos de religion. Algunos de los primeros, entre ellos no pocos que eran teólogos, en su deseo de abrazar una vida más libre, y los segundos atraidos por novedades que les eran en extremo agradables.

CAPÍTULO V.

La Biblia abandonada al examen privado.—Es el más funesto de todos los sistemas.—Texto notable del protestante O'Callagan.—Antipatía de Lutero á la *Suma* de Santo Tomás.—Por qué encontró tantos seguidores la doctrina de Lutero.—Bula de excomunion lanzada por Leon X.—Himno de Lutero.—Reflexiones.

No podia ocurrirsele á Lutero una idea más funesta ni más á propósito para llevar á cabo sus planes contra la autoridad de la Iglesia que la de encomendar al espíritu privado la interpretación de los libros santos. ¿Le seria esto aconsejado por su conferenciante nocturno? No lo creemos. El demonio, más sagaz que el mismo reformador, no podia dejar de conocer que este era el medio más seguro para que el protestantismo se fraccionase en mil sectas diferentes, como ha sucedido, desacreditándose por sí mismo y poniendo de relieve su falsedad.

Es la Biblia el libro de los libros, que contiene la palabra de Dios: en este libro inmortal se halla derramado un torrente de luz para el entendimiento y grandes consuelos para el corazón, pero «es altamente dañoso al espíritu so-

»berbio, que á la terca resolucion de resistir á toda autori-
»dad en materias de fé, añade la ilusoria persuasion de que
»la Escritura Sagrada es un libro claro en todas sus partes,
»de que no le faltaria en todo caso la inspiracion del cielo
»para la disipacion de las dudas que pudieran ofrecerse, ó
»que recorren sus páginas con el prurito de encontrar al-
»gun texto, que más ó ménos violentado, pueda prestar
»apoyo á sutilezas, cavilaciones, ó proyectos insensatos (1).»
No podia, pues, darse mayor desacierto que el poner este
libro de oro en manos de todos para que cada cual le inter-
pretase á su manera.

Nadie dejará de comprender cuán grande seria el des-
acierto del que pusiese en manos de un ignorante, sin estu-
dios de ninguna clase, un libro de filosofia, de matemáticas
ó de cualquier otra ciencia para que discurriese sobre la
misma. Para la discusion de cualquier asunto que se roce
con uno de los ramos del saber humano se buscan siempre
hombres peritos en el mismo; si se trata de un enfermo
cuya vida se ve comprometida, se acude á los profesores
de la ciencia de curar; si de resolver un pleito de im-
portancia, á acreditados jurisconsultos; si de averiguar si
ofrece seguridad un edificio, á reputados arquitectos. ¿Y
hay por ventura alguna ciencia más alta, más importante,
más difícil que la ciencia de la religion? Esta está conte-
nida en la Sagrada Escritura, y la Iglesia es la única auto-
rizada para enseñarla; á ella compete únicamente su inter-
pretacion y explicacion, autoridad que le fué otorgada por
Jesucristo. ¿Puede concebirse mayor necedad que la de en-

(1) Balmes, obra citada, cap. VII.

comendar esta interpretacion al espíritu privado? ¿No
causa más que risa indignacion, el ver á un hombre cual-
quiera, tal vez un campesino que no ha manejado más que
los instrumentos de labranza, tomar en sus manos la Biblia
y explicar muy formalmente sus conceptos, convirtiéndose
en maestro de la religion? Este es el error capital del pro-
testantismo.

El ilustre Balmes que nos dejó un tesoro en su erudita
obra ya citada, transcribe célebres frases de un protestante,
O'Callagan, que nosotros vamos á insertar á continuacion,
seguros de que agradarán al lector, porque forman una
hermosa demostracion de aquel grande error. Hé aquí de
qué manera se explica: «Llevados los primeros reformado-
res de su espíritu de oposicion á la Iglesia romana, recla-
maron á voz en grito el derecho de interpretar las Escritu-
ras conforme al juicio particular de cada uno;... pero afa-
nados por emancipar al pueblo de la autoridad del pontífice
romano proclamaron este derecho sin explicacion ni res-
tricciones, y las consecuencias fueron *terribles*. Impacientes
por minar la base de la jurisdiccion papal, sostuvieron sin
limitacion alguna, que cada individuo tiene indisputable
derecho á interpretar la Sagrada Escritura por sí mismo; y
como este principio tomado en toda su extension era insus-
tenible, fué menester, para afirmarle, darle el apoyo de otro
principio, cual es, que la Biblia es un libro fácil, al alcance
de todos los espíritus, que el carácter más inseparable de la
revelacion divina es una gran claridad: principios ambos,
que, ora se les considere aislados, ora unidos, son incapaces
de sufrir un ataque sério.

«El juicio privado de Muncer descubrió en la Escritura que los títulos de nobleza y las grandes propiedades son una usurpacion impía, contraria á la natural igualdad de los fieles, é invitó á sus secuaces á examinar si no era esta la verdad del hecho: examinaron los sectarios la cosa, alabaron á Dios, y procedieron en seguida por medio del hierro y del fuego á la extirpacion de los impíos y á apoderarse de sus propiedades. El juicio privado creyó tambien haber descubierto en la Biblia que las leyes establecidas eran una permanente restriccion de la libertad cristiana; y héos aqui que Juan Leyde tira los instrumentos de su oficio, se pone á la cabeza de un populacho fanático, sorprende la ciudad de Munster, se proclama á sí mismo rey de Sion, toma catorce mujeres á la vez, asegurando que la poligamia era una de las libertades cristianas, y el privilegio de los santos. Pero si la criminal locura de los paisanos extranjeros aflige á los amigos de la humanidad y de una piedad razonable, por cierto que no es á propósito para consolarlos la historia de Inglaterra, durante un largo espacio del siglo xvii. En ese periodo de tiempo, levantáronse una innumerable muchedumbre de fanáticos, ora juntos, ora unos en pos de otros, embriagados de doctrinas extravagantes y de pasiones dañinas, desde el feroz delirio de Fox hasta la metódica locura de Barclay, desde el formidable fanatismo de Cromwel hasta la necia impiedad de *Praise-God-Barebones*. La piedad, la razon y el buen sentido parecian desterrados del mundo, y se habia puesto en su lugar una extravagante algarabía, un frenesí religioso, un celo insensato; todos citaban la Escritura, todos pretendian haber tenido inspira-

ciones, visiones, arrosos de espíritu, y á la verdad con tanto fundamento lo pretendian unos como otros.

«Sosteniase con mucho rigor que era conveniente abolir el sacerdocio y la dignidad real; pues que los sacerdotes eran los servidores de Satanás, y los reyes eran los delegados de la Prostituta de Babilonia, y que la existencia de unos y otros era incompatible con el reino del Redentor. Esos fanáticos condenaban la ciencia como invencion pagana, y las universidades como seminarios de la impiedad anticristiana. Ni la santidad de sus funciones protegía al obispo, ni la majestad del trono al rey; uno y otro eran objeto de desprecio y de odio, y degollados sin compasion por aquellos fanáticos, cuyo único libro era la Biblia sin notas ni comentarios. A la sazón estaba en su mayor auge el entusiasmo por la oracion, la predicacion y la lectura de los Libros santos; todos oraban, todos predicaban, todos leian, pero nadie escuchaba. Las mayores atrocidades se las justificaba por la Sagrada Escritura; en las transacciones más ordinarias de la vida se usaba el lenguaje de la Sagrada Escritura; de los negocios interiores de la nacion, de sus relaciones exteriores, se trataba con frases de la Escritura; con la Escritura se tramaban conspiraciones, traiciones, proscripciones; y todo era no solo justificado, sino tambien consagrado con citas de la Sagrada Escritura. Estos hechos históricos han asombrado con frecuencia á los hombres de bien, y consternado á las almas piadosas; *pero demasiado embebido el lector en sus propios sentimientos olvida la leccion encerrada en esta terrible experiencia; á saber, que la Biblia sin explicacion ni comentarios no es para leida por hombres groseros é ignorantes.*

»La masa del linaje humano ha de contentarse con recibir de *otro* sus instrucciones, y no le es dado acercarse á los manantiales de la ciencia. Las verdades más importantes en medicina, en jurisprudencia, en física, en matemáticas, ha de recibirlas de aquellos que las beben en los primeros manantiales : y por lo que toca al cristianismo, en general se ha constantemente seguido el mismo método, y siempre que se le ha dejado hasta cierto punto, *la sociedad se ha conmovido hasta sus cimientos.*»

No hay necesidad de hacer comentarios sobre este razonamiento de O' Callagan, pues que están al alcance de todas las inteligencias.

Volvamos ahora al reformador, y continuemos la historia de sus errores.

Hemos dicho ántes que de todos los puntos de la Alemania acudieron al reformador multitud de personas con el objeto de hacer consultas, y que algunos de los eclesiásticos que le visitaban aspiraban á proporcionarse una vida cómoda y placentera. Muchos de los que habian aceptado con agrado las doctrinas del monje rebelde deseaban ponerse de acuerdo con él para ver el giro que habian de dar á las ciencias eclesiásticas para destruir con mejor acierto el edificio de la fé católica. Puede comprenderse fácilmente que eran eclesiásticos de corrompidas costumbres, que no se avenian con el cumplimiento de sus deberes y que encontraban la ocasion más oportuna para romper los sagrados vinculos con que voluntariamente se habian ligado.

La obra de teología más antipática á Lutero era la *Suma* da santo Tomás, que con tanta afición habia leído y estu-

diado en los primeros tiempos de su vida monacal, afición que se trocó en odio desde el momento que puso el pié en el fatal camino de la herejía. No podia ser de otro modo, toda vez que el Doctor angélico dejó admirablemente refutadas en aquella obra inmortal no solamente cuantas herejías se habian suscitado desde los primeros tiempos de la Iglesia hasta sus dias, sino tambien cuantas pueden presentarse en el florido campo de la Iglesia en la sucesion de los siglos. Si en la *Suma* se hallaban patentes todos los argumentos que destruyen y pulverizan todos los sofismas del monje apóstata, ¿ cómo este no habia de encontrar antipatia en obra tan privilegiada ?

Si ahora se nos preguntase por qué las enseñanzas de Lutero encontraron tan gran número de seguidores, siendo así que saltaba á la vista que su Reforma no era otra cosa que una rebelion nacida del espíritu de soberbia que le dominaba, podríamos dar una satisfactoria respuesta. Sabido es que en todos los paises han existido siempre hombres que á pesar de llamarse católicos han mirado con malos ojos los bienes de la Iglesia y especialmente los pertenecientes á los monasterios: Cual si la Iglesia no se hubiese prestado siempre bondadosa y caritativamente á acudir en socorro del Estado cuando este ha experimentado escasez á causa de guerras ó de otras calamidades ; cual si no hubiese dado el ejemplo en alguna ocasion de deshacerse hasta de sus vasos sagrados para acudir en socorro de las públicas necesidades, siempre se ha visto ese deseo constante de privarla de los bienes que legitimamente ha poseido, y que fuera de lo que la moderna fraseología ha dado en llamar *manos*

muerlas, no han reportado ningun beneficio á los pueblos, habiendo servido tan solo para que los revolucionarios que adulan al pueblo cuando lo necesitan y le vuelven las espaldas cuando han conseguido su objeto, hayan improvisado colosales y sacrilegas fortunas. La desgracia es que los pueblos jamás escarmienten, que no estudien las lecciones del pasado y que siempre se manifiesten dispuestos á contribuir á la realizacion de planes ambiciosos, sin conseguir ellos otra cosa que la miseria y la burla de los mismos á cuyo engrandecimiento contribuyeron. A nuestros lectores no tenemos necesidad de presentarles pruebas de esta verdad, pues las tenemos tan recientes en España que están en la memoria de todos. Tan solamente llamaremos la atencion sobre otra tambien contemporánea. No hace muchos años aun que las tropas del moderno Átila llamado rey de Italia invadieron por orden de su señor la capital del mundo cristiano. Muchos de los monasterios de Roma poseían rentas: la ciudad se hallaba como sembrada de establecimientos de caridad donde el extranjero, fuera cualquiera el pais de donde procediese y aun la religion que profesase, podia estar seguro de encontrar alimento y abrigo. Los modernos dominadores, seguidos de una falange numerosa de la gente más perdida de todos los extremos de Italia, entran en Roma al grito de libertad, que la hacen consistir en hacerse dueños de todos los bienes que servian para los más caritativos objetos, en insultar á Dios, á la religion, al vicario de Jesucristo, y á todos los hombres honrados, y en sembrar al mismo tiempo la más espantosa miseria recargando de un modo el más desapiadado los impuestos, y tomando otras

medidas dirigidas todas á arrebatar la antigua prosperidad de la hermosa ciudad que fué un dia señora de las naciones, que ha sido por espacio de muchos siglos y que volverá á ser dentro de breve tiempo, segun esperamos en Dios, dominada por el suave y paternal gobierno del romano Pontífice. Hé aqui lo que han sido las revoluciones políticas y religiosas que se han suscitado desde el siglo xvi. Hé aqui lo que fué la gran revolucion de marcado carácter demagógico que inició el Lucifer del siglo que acabamos de citar, el miserable apóstata Lutero que inconsecuente en sus doctrinas, inmoral y atrevido, presentó una terrible batalla á la verdadera Iglesia de Jesucristo y al buen orden de la sociedad humana, sembrando esas funestas enseñanzas cuyos amargos frutos sirven hoy de alimento á la mayor parte de los pueblos de la Europa, pues que es indudable que sin la rebelion de Lutero ni hubiese tenido lugar la horrorosa hecatombe francesa de fines del pasado siglo, ni tampoco se hubieran verificado las revoluciones modernas que han trastornado los cimientos de la sociedad humana y que son hijas legítimas de aquella, porque el principio de autoridad no se habria desprestigiado, ni conmovido el equilibrio social.

Continuando ya en nuestro asunto, diremos que los amigos de Lutero no desconocian las consecuencias que habian de dar principalmente en Alemania las predicaciones de las nuevas doctrinas que se presentaban en abierta lucha contra las del catolicismo: que necesariamente desaparecerian los monasterios, que la Iglesia perderia su prestigio, y se frotaban las manos al ver ya en lontananza el dia en que podrian

aprovechase de los bienes de las abadias y monasterios formando sus respectivas fortunas con lo que hasta entonces servia para sustentar á multitud de pobres. Este dia tan deseado por ellos llegó al fin, como veremos más adelante, no solamente para la Alemania sino tambien para la Gran Bretaña. Ya que no nos sea posible detenernos como quisiéramos en hacer conocer el resultado de la muerte del catolicismo en ambos países por el entronizamiento del protestantismo, recomendamos á nuestros lectores y muy especialmente á aquellos que hayan tenido la desgracia de dejarse seducir por los falsos apóstoles de esta secta, la detenida lectura de las *Cartas del protestante William Cobbet*, y seguramente si no han renunciado á la sana razon acabarán por odiar no solamente el protestantismo, sino tambien todas las revoluciones modernas.

Como quiera que el mal progresase con rapidez, Eck desafió á Lutero á una controversia pública, cuyo reto fué aceptado en Leipzig. Lutero arguyó sobre la doctrina del libre albedrio y sobre el origen divino del poder papal. Eck le demostró que una de sus proposiciones estaba condenada por el concilio de Constanza, pero Lutero que iba cayendo de error en error contestó que para creer herética una proposicion no bastaba que estuviese condenada por un concilio. De este modo negó la infalibilidad de la Iglesia. Cuando Eck le citó el conocido pasaje del Evangelio: *Tú eres Pedro; y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia*, Lutero sostuvo que Jesucristo señaló á Pedro al pronunciar las primeras palabras, esto es: *Tú eres Pedro*, pero que se señaló á sí mismo al añadir: *y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia*. Nada

dejó en su ser y estado. pues que refutó la transustanciacion, los sacramentos, el purgatorio, los votos monásticos y hasta la invocacion de los santos. No podian llegar ya á mayor extremo sus impiedades. Sucumbió en su lucha con Eck, porque á los sólidos argumentos que aquel le presentaba tan sólo pudo objetar débiles sofismas. Esto no obstante se mantuvo en su rebeldia, y añadió á sus anteriores impiedades las que acabamos de citar.

Despues de aquella conferencia escribió al papa del modo más insolente é irónico, repitiéndole cuantas abominaciones se decian de Roma. Entonces Leon X viendo que ya era inútil el hacer mayores esfuerzos para conseguir la retractacion del hereje, fulminó contra él la bula de excomunion.

Alejandro, nuncio pontificio, habia presenciado los grandes progresos que hacia la nueva doctrina, protegida por los principes por odio y envidia hácia Roma. Así pues, luego que el papa hubo pronunciado la sentencia definitiva contra Lutero, pidió á la dieta de Worms que le condenase, lo que no pudo conseguir, y entonces expuso á aquella asamblea la doctrina del rebelde monje para hacerla conocer que no se limitaba segun él decia á indicar abusos, sino que atacaba el dogma católico. «Dicen que sólo se trata de algunos puntos controvertibles entre el papa y Lutero, especialmente los que se refieren á la autoridad de la Santa Sede. Error gravísimo, pues que de los cuarenta artículos que condena la bula, pocos son los que se refieren á la autoridad papal. Lutero niega que las buenas obras sean necesarias para la salvacion; niega la libertad del hombre en la

observancia de la ley natural y divina. ¿Qué diremos del monstruoso poder que concede á los legos de ambos sexos de absolver los pecados? Pasaremos en silencio la insensata doctrina en que asegura no ser lícito resistir á los infieles porque Dios nos visita por medio de ellos, ni la de que debería prohibirse recurrir á los médicos en las enfermedades, porque Dios nos las manda como castigo de nuestros pecados. Pero admirad el corazón de Lutero que prefería ver á Alemania desgarrada por los perros de Constantinopla, á verla bajo la égida del pastor de Roma!

»Roma, segun Lutero, es la morada de la hipocresía. Luego es el asilo de la virtud, pues no se acuña oro falso donde el fino no está en gran estima. El papa, dice, ha usurpado el primado: ¿le ha usurpado? y ¿cómo? ¿con las falanges de Alejandro, la espada de César ó el hacha del verdugo? ¿Y qué? ¿todos estos pueblos que hablan diferente idioma, que viven bajo diferente cielo, y tienen diversas costumbres y diverso origen é intereses opuestos, se acomodarian á reconocer como vicario de Cristo á un humilde sacerdote, sin poder, sin más patrimonio que un pedazo de tierra? Dice que todos los obispos deberían ser soberanos absolutos en sus diócesis. Entonces en lugar de una tiranía habria mil que abolir. Añade que sobre los obispos reinaria el concilio; ¿obispos, bajad la cabeza! Pero ¿seria este un concilio permante? En tal caso los pastores morarian lejos de sus rebaños. Y si el concilio se disuelve, ¿á quién recurrir para administrar remedios á la sociedad en sus dolencias? ¿quién convocará el concilio? ¿quién le presidirá? ¿Veis como todo lo que pide encierra turbaciones, revueltas y so-

bresaltos? ¿qué multitud de leyes, de reglamentos, de ritos, de doctrinas saldrian de aquel conciliábulo, en el que todos los fieles creerian que solo su obispo habia sostenido la integridad de la fé?»

Alejandro estuvo valeroso en acusar á Lutero, y sus palabras para probar que atacaba al dogma católico no admitían réplica; pero al fin no era lo más conveniente el que una corporacion secular juzgase en cuestiones teológicas, que poco á poco se fueron haciendo nacionales.

El elector de Sajonia prohibió que se tomase resolucion alguna sin oír antes á Lutero, por lo cual expidió un salvo-conducto al *pío, querido é ilustre doctor*, á nombre del nuevo emperador Carlos V.

Trataron algunos de disuadir á Lutero de aquel viaje, pero él resolvió hacerlo «aun cuando se conjurasen contra él tantos diablos como tejas tienen los tejados.» Son sus mismas palabras. En el camino compuso su famoso himno, que es el siguiente:

«Dios es fortaleza inexpugnable, escudo seguro, arma á toda prueba: él nos librará de todos los males que nos rodean. En nuestro camino se ha atravesado el enemigo del hombre, cuyas armas son la astucia y su poder inmenso: no le hay igual en la tierra.

»Impotentes son nuestras fuerzas, y no tardaremos en sucumbir; pero nos protege el hombre recto, elegido por Dios entre sus criaturas. Y ¿quién es este hombre? Jesucristo, el Dios de Sabaoth: no hay otro Dios; él es el supremo Señor.

»Aun cuando la tierra estuviese poblada de demonios pron-

tos á devorarnos, no temblaríamos ante ellos, y nuestra sería la victoria. Agitense enhorabuena los príncipes del mundo; nosotros estamos á cubierto de sus golpes; su sentencia está pronunciada, y una palabra sería suficiente á destruirlos.

»Apodérense esos demonios de nuestros cuerpos, de nuestras fortunas, de nuestros hijos, de nuestras mujeres; todo se lo abandonamos: no por eso se enriquecerán, porque para nosotros será el reino de Dios.»

Todo contribuía á aumentar la soberbia de Lutero y á hacerle cada vez más obstinado en sus errores. Se veía halagado por príncipes y magnates; iba á cualquier parte, y la multitud le seguía y le aclamaba. Ya no era un monje humilde, sino una persona notable rodeada de aduladores prontos á aplaudir hasta sus mayores groserías, pues sabido es que las usaba en alto grado, así en sus conversaciones como en sus escritos. El viaje á que nos referimos lo hizo con grande ostentacion y brillante acompañamiento. Cuando Carlos V le vió tan pequeño se sonrió, y exclamó: *Este hombre no me hará á mi hereje*. Lutero que llevaba quien le guardase las espaldas se negó rotundamente á retractarse de las doctrinas que enseñaba, y solo dijo como en otra ocasion á los monjes sus hermanos: «Si mi obra es obra humana, se disipará por sí misma; si viene de Dios, nada podrá detenerla en su camino.»

Carlos V proscribió á Lutero y á sus partidarios, y cuando aquel regresaba de su viaje fué detenido por el elector de Sajonia, su protector, que le hizo conducir al castillo de Wartburgo en Turingia, sin que nadie se apercibiese de

ello, para salvarlo, dice su historiador, más que de sus enemigos, de sus propias imprudencias.

Lutero en su libro *De statu Ecclesiae emendando*, consideraba al papa como el *Antecristo*: y escribiendo á su amigo Jorge Spalatino, secretario del duque de Sajonia, Federico, le decia: «¿Sabeis lo que pienso de Roma? *Que es una amalgama de necios, de locos, de imbéciles, de ineptos y de diablos. No hay que perdonarles: es preciso que demos á conocer los misterios del Antecristo.*»

Tal fué el nuevo dogma del hereje.

Hácese cargo el grande Bossuet de estas impías frases de Lutero, y exclama: «No parece sino que Dios se ha propuesto confundir á estos impostores haciendo que se sentasen en la cátedra de san Pedro los hombres más grandes y más santos que ha habido jamás, precisamente en los tiempos en que se la quiere trasformar en la *silla del Antecristo*».

»¿Se puede ni siquiera pensar en las cartas y en los sermones en que san Leon inspira todavía en el dia con tanta fuerza á sus lectores la fé en Jesucristo, y creer que su autor ha sido un Antecristo? Pero ¿qué otro papa ha combatido con más vigor á los enemigos de Jesucristo, ha sostenido con más celo la gracia cristiana y doctrina eclesiástica, ha enseñado, en fin, al mundo una doctrina más sana y ha dado ejemplos más santos? El pontífice que por su santidad se hizo respetar del bárbaro Atila, y salvó á Roma de una catástrofe sangrienta, es el primer Antecristo y el origen de todos los demás. Este es el Antecristo que tuvo el cuarto concilio general, tan respetado por todos los verdaderos cristianos: este es el Antecristo que dictó aquella divina

carta á Flaviano, que causó admiracion á toda la Iglesia, y en la cual se explica tan exacta y profundamente el misterio de Jesucristo, que los padres de aquel gran concilio exclamaban á cada palabra: *Pedro ha hablado por boca de Leon*, debiendo decir que el Antecristo hablaba por su boca, ó más bien que Pedro y el mismo Jesucristo hablaban por boca del Antecristo. ¿No es preciso haber apurado hasta los posos la bebida de letargo que toman los profetas de la mentira, y haberse embriagado con ella hasta perder la razon para anunciar al mundo semejantes portentos (1)?»

¿Quién no conoce los hechos gloriosos de un Paulo IV, de san Pio V, de Gregorio XIII, y sin deternos en los virtuosísimos Pios VI y VII que tanto padecieron por el bien de la Iglesia y defensa de su santa causa, el ilustre pontífice de santa é imperecedera memoria el inmortal Pio IX? Durante su dilatado pontificado, ¿qué ejemplos más admirables de santidad no dió al mundo? ¿Quién con más constancia que él procuró la gloria accidental de Jesucristo? ¿No colocó una perla de inmenso valor en la corona de la santísima Virgen María, declarando dogma de fé el misterio de su Concepcion en gracia? ¿No canonizó solemnemente á muchos héroes cristianos que vertieron su sangre en defensa de la fé del Salvador de la humanidad? Pues Pio IX que ha hecho todo esto, Pio IX que ha fomentado la propagacion de la fé en los países más remotos para extender el reinado de Jesucristo, no es otra cosa á los ojos de los protestantes que un Antecristo, porque ellos no quieren desmentir á su padre y doctor.

(1) Bossuet: *Historia de las variaciones*, etc., lib. XIII, núm. xx.

Mucha razon tenia el célebre obispo de Meaux: es necesario estar embriagado para asentar una proposicion de tal naturaleza. Y todavia se nos querrá decir que existen protestantes de buena fé, hombres que teniendo sana razon y estando adornados de alguna instruccion siguen por convencimiento el luteranismo. Lo que hay son hombres sin conciencia, que nada creen y que pertenecen á esta secta como pertenecerian á cualquiera otra; y no pocos que por fines interesados hacen traicion á lo que les dicta su propia conciencia y las luces de que se hallan adornados.

Nos hemos detenido más de lo que fuera necesario porque la acusacion de Lutero al papa llamándole Antecristo no merece ni los honores de una seria refutacion. Con un hombre ebrio es en vano discutir, pues el que tal hiciera mereceria mayor compasion que el que en aquel triste estado se empeñara en sostener polémicas, y ya hemos dicho que solo á un ebrio se le ocurriria ver en el vicario de Jesucristo al enemigo de Jesucristo.

Per esto solo puede comprender el lector lo absurdo é impío del origen del protestantismo que solo ha podido sostenerse á fuerza de continuos engaños.

¿Por qué hoy se verifican tantas conversiones de protestantes que abjurando los errores de la secta vienen á engrosar las filas de los fieles católicos? Porque los hombres de verdadera ilustracion que son protestantes porque lo fueron sus padres que los amamantaron en tan perniciosas doctrinas, adornados de la buena fé que no tuvieron los primeros corifeos de la secta, examinan el origen de la Reforma y sus enseñanzas, y luego hacen una comparacion con el

origen divino del catolicismo, y no pueden ménos de conocer dónde está la verdad y dónde el error, y su buena fé les hace acreedores á los auxilios divinos con los cuales se sienten fuertes para romper las cadenas que les ligaban con la impiedad protestante.

Lutero consiguió agitar á toda la Alemania: el vicario de Jesucristo lloraba inconsolable los grandes disturbios de aquella nacion, y más que todo la pérdida de tantas almas como se dejaban arrastrar por el pérfido apóstol de Satanás. Todavía en su buen deseo creía Leon X poder reducir al hereje, pero esta última ilusion se disipó bien pronto. Dios queria castigar á la Alemania y á otros pueblos, y como sus juicios son incomprensibles á la menguada razon humana, permitió que Lutero llevase á cabo su sacrilega obra. ¡Oh! ¡Y qué obra tan funesta! En comparacion de los estragos causados en la Iglesia por este malaventurado apóstata, nada son todas las demás sectas y herejias si se exceptúa el arrianismo, que tambien se extendió rápidamente en su tiempo, arrastrando una multitud de almas por la senda de la perdicion; pero al fin el arrianismo murió para no resucitar, en tanto que el protestantismo continúa aprisionando en sus inmundas redes un gran número de hombres, de los que puede decirse que teniendo ojos no ven, y teniendo oidos no oyen: *Popule stulle... qui habentes oculos non videtis: et aures, et non auditis.*

La guerra al representante de Cristo sobre la tierra, al jefe supremo del catolicismo, se ha perpetuado de siglo en siglo. Sin embargo, como « Jesucristo era ayer, y es hoy, y será en los siglos, » como escribió el Apóstol, así su Igle-

sia era ayer, y es hoy, y será hasta la consumacion del tiempo. Jesucristo lleno de amor, prodigio admirable de amor, cuando terminó en la tierra la obra para cuya realizacion habia tomado nuestra carne, muriendo por el hombre, quiso quedarse en la tierra, no obstante partir al cielo, por un misterio de amor, y dejó establecido su reinado de Dios en el mundo, reinado perpétuo contra el cual no triunfarian todos los esfuerzos de Satanás, esfuerzos que se han demostrado siempre en las persecuciones, en los cismas, en los errores, en los grandes y deslumbradores sofismas del filosofismo. Es muy pequeño el hombre para llegar con sus manos al cielo; es muy menguada su inteligencia y muy escasa su ciencia para derrocar la obra de la inteligencia eterna y contrarestar la ciencia de Dios.

Jesucristo durante los tres años que se dedicó á la predicacion hizo prodigios admirables, y enseñó grandes verdades, prodigios nunca vistos, verdades jamás escuchadas. Hé aqui por qué le rodearon multitud de adoradores, entre los que se contaban en primera línea los doce humildes discipulos que se dignó asociar á su ministerio, constituyéndolos sus apóstoles.

Antes de morir en la cruz legó solemnemente el poder de atar y desatar, hizo entrega de las llaves del reino de los cielos en uno de sus apóstoles, en aquel que plugo á su eterna sabiduria. A este dijo: *Tu es Petrus, et super hanc Petram edificabo Ecclesiam meam.* Ya hemos tenido lugar de citar estas frases del Salvador en el curso de nuestra obra, y ahora nos conviene repetir las.

La congregacion de los fieles, regida por san Pedro,

siempre vivo en sus sucesores, es la Iglesia, la mística esposa de Jesucristo, á la que ama extraordinariamente, y á la que asistirá hasta el fin de los tiempos, segun su magnífica promesa. Hemos visto cumplida la promesa: hemos visto realizada la frase del Apostol: Jesucristo es hoy, como fué ayer, como será en la sucesion de los siglos. Su Iglesia fué, es y será, y nada podrán contra ella las puertas del infierno. Dirija Lutero sus tiros al vicario de Jesucristo, enseñe á sus seguidores á despreciar su autoridad doctrinal, emprenda esa lucha que durará siglos, y que alejará á miles de almas de la cátedra de Pedro, acercándolas á otras cátedras donde solo pueden enseñarse errores. Lamentable es por los que se pierden, pero no por la Iglesia, que conservará siempre frescos sus laureles.

¡Qué insensatez la de aquellos que buscan la verdad allí donde solo puede reinar la mentira; la de aquellos que buscan luces en el foco de las tinieblas!

La Iglesia católica, regida invisiblemente por Jesucristo, su fundador divino, y visiblemente por un vicario suyo, ha cumplido á través de los tiempos y á despecho de grandes vicisitudes su gran mision de maestro de la sociedad humana, enseñando el verdadero progreso, procurando el bienestar eterno y aun el temporal de los hombres.

Séanos permitido consignar unas bellisimas frases de un literato católico, nuestro maestro y amigo, al que la muerte ha arrebatado hace pocos años á las ciencias, á las letras, á la religion, de la que fué insigne defensor, y al cariño de su familia y amigos.

Hé aquí cómo se expresaba el éminente Catalina: «Los

gérmenes del progreso científico, artístico y social existian en la doctrina del Salvador: el desarrollo de esos gérmenes, su crecimiento, su florecencia, su fruto, deben buscarse en el campo de la historia, á la luz pura y serena que irradia de la cátedra de san Pedro.

«Diez y nueve siglos de antigüedad tiene ese trono, y el huracan de las revoluciones no lo ha derribado; diez y nueve siglos há que la barca de san Pedro flota en el océano de la humanidad, sin que las horribles oleadas, que llaman guerras, la hayan nunca sumergido; la navecilla boga, y boga, remada por el espíritu de verdad, llevando por brújula el dedo del Omnipotente, que desde lo alto señala el derrotero de la gloria.

«Esta maravillosa asociacion, cuyos poderes se hallan admirablemente distribuidos; esta máquina, cuyas ruedas con tal destreza engranadas jamás alteran el movimiento que quiso darles el soberano artifice, obra de estudio es para los sabios, siempre fatigados tras de nuevas teorías, y perpétuamente empeñados en el problema perpétuamente viejo de la humana felicidad.

«Mientras los sabios discuten la naturaleza de la autoridad y las formas como esta puede aparecer, la Iglesia asienta y practica la única doctrina verdadera acerca de la autoridad, y adopta una organizacion, una política externa, que no es rigurosamente la monarquía, ni la aristocracia, ni la república, y tiene sin embargo lo bueno de todas esas formas, y evita lo malo que dentro de esas formas pudiera contenerse y con dolorosa frecuencia se contiene: es monarquía, por cuanto el poder reside en uno; es aristocracia, por

cuanto á los mejores puestos son llamados los *mejores*; es democracia. por cuanto para todos los puestos, incluso el pontificado, son aptos *todos* por razon del origen : tiene del absolutismo la centralizacion ; tiene del constitucionalismo la discusion ; tiene del republicanismo el sufragio.

»Como en el orbe católico hay naciones sujetas á todas las enunciadas formas de gobierno, la Iglesia, que es maestra de la verdad, puede enseñar á todas con el ejemplo, mostrando sobre todas accion saludable por lo que se refiere á su sistema orgánico, á su manera de ser. A los reyes enseña la Iglesia con su pontificado electivo que el poder se recibe primero en el mundo, y Dios lo confirma en el cielo ; que la eleccion ó la herencia no modifican la naturaleza esencial del poder ; una vez aceptado, sometidos una vez los súbditos, el poder es la representacion de Dios en la tierra; *omnis potestas à Deo*: toda potestad viene de Dios, ora llegue por conducto de los que expresamente eligen, ora por la sucesion hereditaria. La Iglesia con sus congregaciones, y sobre todo con sus concilios, ha enseñado á los pueblos desde los rudimentos de los sistemas llamados representativos, y hasta á votar. La Iglesia, elevando á las prelacias, al capelo y aun á la tiara á los hijos del pueblo que de tal honor se hacen dignos por su virtud y sus letras, ha definido y explicado la aristocracia, aniquilando los privilegios de raza que tanta sangre costaron en la Roma de los Césares. La Iglesia, acatando en el último presbitero la misma potestad de consagrar el pan y el vino, que en el Sumo Pontífice, cabeza de la jerarquía; la Iglesia, reconociendo en cada cristiano un súbdito, sea cual fuere su condicion de ciuda-

danos ó extranjeros ó de plebeyos, de ricos ó de pobres, define y explica la democracia, la santa igualdad de los espíritus ante Dios, alterable solo por la diferencia de las obras y el caudal de los merecimientos (1).»

Tanto nos encanta asi el fondo como el estilo de este filósofo católico, que dejaríamos correr la pluma copiando sus conceptos que siempre serán leídos con agrado por los hombres entendidos y amantes de las glorias del catolicismo : pero basta á nuestro propósito lo que acaba de leerse. En la época que atravesamos, mucho se ha declamado y mucho se ha escrito contra Roma y el Pontificado. Y es natural que así sea : el empeño de los modernos *regeneradores* de la sociedad es desprestigiar todo principio de autoridad : ¿ por dónde han de empezar más que por la autoridad más alta de la tierra ? La democracia es enemiga declarada de los reyes : ¿ cómo no ha de hacer la guerra al que es el representante en la tierra del que es Rey de reyes y Señor de las que dominan ? Sin embargo, los grandes cataclismos sociales que hacen bambolear los tronos, que convierten las monarquías en repúblicas y estas á veces en monarquías, segun la corriente de las ideas, no ha podido ni podrá echar por tierra el trono augusto del Vicario de Jesucristo, que ora despojado de la reyedad por impia revolucion, ora encerrado en un círculo de hierro, ya tranquilo en medio de la paz consoladora, ó bien resuenen en sus oídos los ecos blasfemos de infames turbas, ve postrarse en su presencia miles de súbditos, habla y su voz corre el mundo entero, manda y es obedecido desde Oriente á Occidente,

(1) D. Severo Catalina, *La Verdad del Progreso*, cap. iv, § II y III.

desde el Aquilon al Mediodía. ¿Quién no admira este prodigio? ¿Quién no vé aquí la mano de Dios? ¿Quién no contempla la obra de la Divinidad?

Nos hemos detenido en estas reflexiones por creerlas de la mayor importancia. Medite en ellas el lector, y de seguro se gloriará en ser hijo de esta Iglesia santa, dentro de la cual únicamente puede encontrarse la salvacion. Las doctrinas de Lutero como las que más tarde enseñaron con osadía inaudita los filósofos que se propusieron cambiar la faz del mundo, solo pueden deslumbrar á hombres superficiales é ignorantes.

CAPÍTULO VI.

Qué podia ya esperarse de Lutero.—Su libro «Libertad cristiana.»—Lo dedica al papa.—Qué era la Reforma.—Juicio de César Cantú sobre el talento y doctrinas de Lutero.—Quema este la bula del papa, las Decretales y la Suma de santo Tomás.

Como se ha visto, Lutero estaba ya en completa rebelion con la Santa Sede; el que empezó por condenar los abusos de los cuestores de indulgencias acabó por ser enemigo declarado del catolicismo. Aquello era una especie de locura, un frenesí al que le habia conducido la soberbia, que habia tomado posesion completa de su corazon. Es seguro que desde el momento en que empezó á extraviarse, la gracia se insinuaria para volverle al camino del bien del que se separaba. Empero si la gracia se aumenta en proporcion á la correspondencia á este don de Dios, se aleja del hombre rebelde que resiste á ella y la desprecia. Lutero no la habia aceptado, se entregó á sus propios consejos y estaba perdido; ya no podia hacer otra cosa que saltar de precipicio en precipicio. Ahora haremos una pregunta: ¿Hablabá Lutero en el lleno de sus convicciones? ¿Creía en lo mismo que enseñaba? Un apasionado del heresiarca al que no